

venido á Querétaro, que abandonen inmediatamente la ciudad.

El día ocho, son puestos en libertad todos los subalternos; los demás presos, de capitanes hasta coroneles, serán internados en diversas prisiones del país y permanecerán en ellas de tres á seis años, según la responsabilidad que les resulte.

El día diez, salen de Querétaro los oficiales prisioneros, quedando solamente los generales.

Dos días después, á las ocho de la mañana, el Emperador quedó solo en su celda.

Los generales Miramón y Mejía han sido llevados ante el tribunal, acompañados de cuatro abogados.

A las once del día trece de junio de 1867, comenzó el fiscal Don Manuel Aspiroz (1) (actual embajador de México en los Estados Unidos) la lectura de los capítulos de acusación, anticipándola con el certificado de los médicos, que aseguraban que el prisionero no podía salir de su celda.

Entretanto Maximiliano habíase quedado enteramente solo, esperando lo que le deparaba el destino; y en el convento de Capuchinas no se escuchó, durante todo el día, más rumor que el de los pasos de los centinelas que guardaban al augusto prisionero.

Por la tarde del día trece, el fiscal Aspiroz se presentó en el convento á notificar á Maximiliano que estaba sentenciado á muerte.

(1) Muerto en Washington el 25 de marzo de 1905 (estando este libro en vísperas de publicarse).

## CAPÍTULO IX

Fijase el dieciséis de junio para á la ejecución. — Entrevista con el Emperador. — Su despedida. — Se aplaza la ejecución para el día diecinueve. — Esperanzas de indulto. — La ejecución. — El gobierno se niega á entregar el cadáver. Por fin se entrega al almirante Tegetthoff. — Es conducido á Veracruz. — Sale la Novara rumbo á Europa.

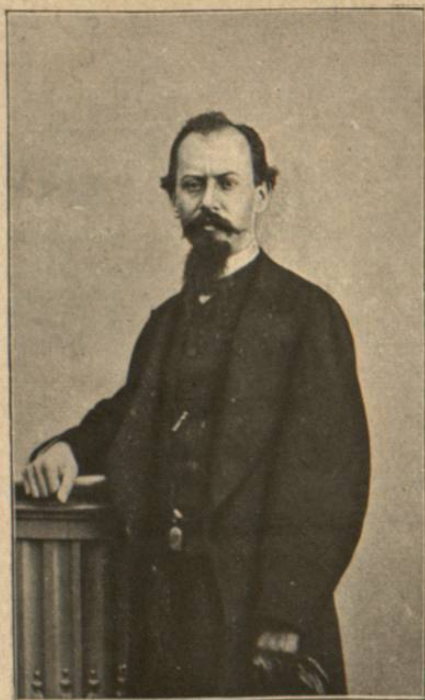
El día 16 de junio de 1867, me encontraba yo en la prisión de Teresitas con los generales prisioneros, que habían sido llevados allí después de pasar dos ó tres días en el Casino, quedando tan solo en Capuchinas el Emperador y los generales Miramón y Mejía.

La sentencia debía ejecutarse á las tres de la tarde, y á las doce en punto vino un oficial á mi cuarto y me dijo le siguiera por orden del general Escobedo.

En la puerta del convento, me esperaba una escolta de ocho hombres, éstos me rodearon, y por el centro de la calle me condujeron al convento de Capuchinas.



Á mi paso por las calles principales, algunas damas conocidas salían á los balcones y me saludaban.



General Miramón.

Entré al convento de Capuchinas y el oficial me condujo á la celda que ocupaba Maximiliano; éste me recibió en sus brazos y yo al verlo no pude contener

mi emoción y sin decir una palabra sentí que el llanto nublaba mis ojos.



General Tomás Mejía.

El Emperador vestía de negro y arreglaba su barba cuando yo entré. En sus ojos ví la misma serena y dulce mirada que en los días de esplendor, pero impregnada de tristeza.



Su Majestad había solicitado de Escobedo que yo fuera conducido á su presencia, para que le escribiera sus últimas cartas; cartas de despedida á la princesa de Iturbide y á cuatro de los ministros, que al hundir á su Soberano, habían huído cobardemente y miraban tranquilos desde el extranjero el resultado de su detestable política.

La última carta que escribí, estaba dirigida á Don Carlos Rubio, pidiendo el Emperador le facilitara el dinero necesario para que su cadáver fuera embalsamado y conducido á Europa; dinero que sería reembolsado por la casa de Austria.

Esta carta, cuya minuta escribí primero, y fué rubricada por Su Majestad, decía así:

SR DON CARLOS RUBIO,

Lleno de confianza me dirijo á Ud estando completamente desprovisto de dinero, para obtener la suma necesaria para la ejecución de mi última voluntad. Esta suma será devuelta á Ud por mis parientes en Europa, á los que instituyo mis herederos.

Deseo que mi cadáver sea llevado á Europa cerca de la Emperatriz, confío este cuidado á mi médico el doctor Basch. Ud le entregará el dinero que necesite para el embalsamamiento y transporte, así como para el regreso de mis servidores á Europa. La liquidación de este préstamo, se hará por mis parientes, por la intervención de las casas europeas que Ud designe, ó por pagarés enviados á México. El doctor antes citado hará con Ud estos arreglos.

Doy á Ud las gracias más anticipadas por este favor que le deberé; envío á Ud mis saludos de despedida y deseándole felicidades quedo suyo,

MAXIMILIANO.

Querétaro, 16 de junio de 1867.

Terminada esta minuta, tomé papel de cartas y la copié poniéndola á la firma de S. M., dejando abierta la carta para que la tomara el doctor Basch.

El Emperador firmó la carta y rubricó la minuta que guardé en mi bolsillo.

Al concluir de escribirla, me levanté y me dirigí adonde se encontraba el Soberano.

La celda era muy estrecha, la famosa cama de latón, una mesa, un lavabo, y dos ó tres sillas componían todo el mobiliario de la última morada imperial.

En la puerta de la celda y obstruyendo el paso con las piernas estiradas, se encontraba un oficialillo jacobino haciendo alarde de insolencia y de grosería para con el sentenciado á muerte.

Cada vez que el Emperador tenía que pasar frente á la puerta, se veía obligado á desviarse de su camino un poco, para no tropezar con las largas zancas del majadero oficial, que suponía muy patriótico sin duda, no guardar consideraciones á un sentenciado á muerte.

En la misma pieza y muy cerca de nosotros, se encontraba Grill. El fiel criado lloraba en silencio y yo no podía contener mis sollozos.

— ¿Porqué llorar? nos dijo el Emperador. Todos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEXANDRO V. V."  
Apto. 1023



somos mortales, hoy ha llegado mi turno. Además, ¿no piensan ustedes que en este momento supremo necesito de todo mi valor y ustedes con su llanto pueden quitármelo?

— He sabido, agregó, que la pobre Carlota ha muerto, así voy más tranquilo al sepulcro; ella era el único lazo que aun podía unirme á la tierra y ya se halla en el cielo.

Pocos minutos después me dijo Su Majestad:

— He llamado á usted, no tanto para escribir esas cartas, que hubiera podido dictar al doctor Basch, cuanto para despedirme de Ud y decirle que si puede salir de aquí con vida, se dirija á Viena y se presente á mi familia á la que ya lo he recomendado; además en mi codicilo, dejo á Ud un pequeño recuerdo.

En esos instantes, entraron á la celda el coronel Palacios, jefe del batallón de Nuevo León, que era el que custodiaba al Emperador y el teniente coronel Margain. El Emperador les dió las gracias por las atenciones que habían tenido para con él, en cumplimiento de su deber militar; y entregó al último cinco onzas de oro, del cuño del Imperio, para los soldados que debían fusilarlo.

Palacios y Margain salieron y volví á quedar solo con Maximiliano por algunos instantes, después vino un ayudante de Escobedo á decir que me retirara.

Entonces el Emperador me dió una pequeña cartera que tenía en su bolsillo, y arrancando de ella unas hojas escritas, escribió la fecha con lápiz y yo la tomé de entre

sus manos con la veneración que se reciben las cosas que los moribundos entregan como recuerdo á los seres queridos que han de sobrevivirles.

Después me estrechó fuertemente contra su pecho por dos veces, y sentí una lágrima que me mojaba la mano; yo no pudiendo ya contener mis sollozos, salí como un loco y atravesé los patios y los corredores del convento de Capuchinas, literalmente atestados de tropa, sin ver á nadie, sin fijarme en nada, sin más preocupación que el dolor infinito que me causaba aquella despedida.

Llegué á la celda que me servía de prisión y sobre las esteras donde dormía me arrojé llorando como un chiquillo.

Dos horas después un oficial, compadecido de mi pena, vino á decirme que la ejecución se había aplazado para el día diecinueve.

¿Cuál era el motivo de que se suspendiera la ejecución? Todo el mundo creyó, como era muy fácil presumir, que tantas súplicas, tantos ruegos, tantas solicitudes para conservar la vida del Soberano, no habían sido infructuosas y que el gobierno de la República había ablandado y concedido el indulto á los tres sentenciados á muerte.

Pero todas las esperanzas fueron vanas.

Los defensores habían creído que con dos días y medio dispondrían del tiempo suficiente para obtener el indulto, pues de otra manera jamás habrían decidido prolongar más tan tremendo suplicio.



Pero Maximiliano, que ya no creía absolutamente en que había de escapar de la muerte, empleó esos dos días en arreglar sus asuntos del corazón. Sus amigos, sus recuerdos de familia, fué todo lo que le preocupó durante esos dos días.

Con serenidad y dulzura, escribió á todas las personas á quienes creía deber un afecto ó un servicio.

Y cuando terminó con sus deberes terrestres, pensó en los deberes de su alma, y se arrodilló frente á su confesor. Don Hilarión Frias y Soto, bien conocido por sus ideas republicanas, dice hablando de este acto:

« Aquel rey era más grande haciendo su tocado de muerte que sonriendo lleno de majestad en el Palacio de Caserta. »

Entre otras cartas, el Emperador escribió la siguiente al general Escobedo:

Querétaro, junio 18 de 1867.

SEÑOR GENERAL,

Deseo, si posible, que mi cuerpo sea entregado al Sr barón de Magnus y al Sr doctor Basch, para que sea conducido á Europa, y el Sr Magnus se encargará de embalsamarlo, conducirlo y demás cosas necesarias.

MAXIMILIANO.

« Aquello es horrible, dice el mismo Frias y Soto. Un

joven radiante de juventud, de valor y de inteligencia, disponiendo de su cadáver, que al día siguiente estará rígido, frío y sangrando por las heridas de cinco balas, sin lucha y sin combate. »

Esta carta estaba escrita toda de puño y letra de Maximiliano, sin que se notara una sola vacilación en su mano al escribirla.

Después de mi desgarradora despedida el día dieciséis á las doce y minutos, no volví á ver á Maximiliano. Durante los dos días que precedieron á su muerte, insté sin conseguirlo por que me llevaran á su presencia.

Todos los prisioneros continuábamos alentando una levisima esperanza; pero llegó el día diecinueve y á las siete de la mañana el batallón de Supremos Poderes, que hacía la guardia en el convento de Teresitas fué relevado por un piquete de caballería, pues aquel iba á formar el cuadro al cerro de las Campanas.

Un silencio de muerte reinaba, no solo en el convento que nos servía de prisión, sino también en toda la ciudad.

Durante dos horas permanecimos mudos de pavor, sin hablarnos una sola palabra los que nos encontrábamos presos; por fin á eso de las nueve, escuchamos el redoble de los tambores y los alegres clarines del batallón de Supremos Poderes, que volvía á la prisión.

Todos los prisioneros corrimos al encuentro del primer oficial que se presentó á nuestro paso.



— ¿Qué ha sucedido? preguntamos ansiosos.

— ¡Ya fueron fusilados, nos contestó, ¡ todo ha terminado!

Los fieles criados Grill y Tudos, únicos de la comitiva imperial que no habían sido hechos prisioneros, fueron los únicos también de dicha comitiva, que presenciaron la ejecución, y algunos días después, nos refirieron los siguientes detalles.

Al amanecer del día diecinueve, un fúnebre silencio llenaba la celda del Emperador, solo se escuchaba el chisporrotear de las velas que ardían en un improvisado altar; cuando las bujías comenzaron á palidecer á los primeros rayos de la aurora, los criados lívidos y demacrados por tanto llorar, escucharon el redoble de los tambores republicanos que se acercaban.

Al ruido de los tambores, se unió el de los clarines de la caballería que en tropel llegaba á Capuchinas. Igualmente se mezclaba á estos rumores el de los carruajes en que habían de ser conducidos los prisioneros y el del acompasado paso de los infantes.

El Emperador vestía de negro y salió en el primer carruaje acompañado de un sacerdote, seguían el carruaje sus fieles criados Grill y Tudos; el doctor Basch no quiso acompañarlo, queriendo evitarse la dolorosa impresión de verlo morir.

Al pasar el carruaje por las calles de la ciudad en todas partes veíanse, tanto en puertas como en ventanas y balcones, damas y caballeros enlutados que con los

pañuelos empapados por el llanto, sofocaban sus sollozos.

Ya en la llanura que se encuentra entre la ciudad y el cerro de las Campanas, se encontraban formadas todas las tropas que habían de asistir á la ejecución, haciendo brillar al naciente sol de junio, el limpio acero de sus armas.

Un cielo azul y sin nube alguna cubría impasible aquel imponente espectáculo.

Bajó Maximiliano del carruaje que lo conducía, y al abarcar con sus claras y serenas miradas azules como el cielo aquel firmamento tan sereno y tan tranquilo, exclamó:

— ¡ En un día tan hermoso como éste quería morir!

Después, se enjugó el sudor de la frente, y entregando el pañuelo y el sombrero de fieltro blanco, al criado Tudos, le dijo en húngaro.

— Lleva esto á mi madre y dile que para ella fueron mis últimos pensamientos.

Tudos se retiró llorando, el sacerdote que acompañaba al Emperador se alejó también, y solo quedaron sobre la colina que iba á servirles de cadalso las tres figuras, Maximiliano en el centro, Miramón á su derecha y Mejía á la izquierda.

Y frente á ellos, un joven oficial y un pelotón de soldados.

El Emperador pronunció algunas palabras, haciendo votos por la felicidad de México, también Miramón habló,



y después de unos brevísimos instantes de silencio sepulcral se escuchó la voz de ¡Fuego! dada por el oficial, y rasgó el aire una espantosa detonación.

Poco después el cadáver del Emperador fué llevado al convento de Capuchinas, donde los médicos encargados de embalsamarlo procedieron á ejecutar dicha labor.

Ya embalsamado, se colocó en el ataúd y éste se depositó en el entresuelo de la casa del Sr Muñoz Ledo, designada para Palacio del gobierno.

El mismo día que fué ejecutado Maximiliano, el ministro de Austria pidió al gobierno de México le fuese entregado el cadáver, pero el ministro de relaciones del Sr Juárez contestó que tenía graves motivos para no acceder á la solicitud del ministro austriaco.

Diez días después, el barón de Magnus, ministro de Prusia y el doctor Basch hicieron la misma petición, recibiendo también una contestación negativa.

El veinticinco de agosto, llegó á Veracruz el vice-almirante Teghettoff mandando la fragata *Novara*, y en los primeros días de septiembre se presentó al ministro de relaciones, diciéndole que como amigo de la familia reinante de Austria y siendo su misión puramente confidencial, venía á pedir le fuese entregado el cadáver.

El ministro contestó que no le sería entregado, sino

era por petición expresa del gobierno austriaco ó por lo menos de la familia del archiduque.

Así fué que en 26 de septiembre, el Sr Beust, ministro de la casa imperial, dirigió, una nota al ministro de México, pidiéndole obtuviera del presidente Juárez la entrega de los despojos mortales del archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo, al vice-almirante Teghettoff, y hasta entonces ordenó Juárez le fuesen devueltos al Austria los restos de aquel que, lleno de vida, vino llamado al país, por un puñado de mexicanos, creyendo salvarlo.

Á la cinco de la mañana del día doce de noviembre de 1867, es decir casi cinco meses después de habersido ejecutado S. M., dos carruajes escoltados por una fuerza de trescientos hombres, se detuvieron en la puerta del hospital de San Andrés de México, y después de una corta espera, salió del hospital la fúnebre comitiva, llevando el ataúd que contenía el cadáver.

Ese mismo día, é inmediatamente después de salir del hospital, los mismos carruajes, escoltados siempre, siguieron rumbo á Veracruz, llevando al vice-almirante Teghettoff, á su hermano el conde de Teghettoff, á los ayudantes de campo del vice-almirante, de Gaal y Hennebig y al doctor Basch.

Teggethoff había conseguido que se devolviera la libertad á todos los prisioneros austriacos y belgas, y todos los libertos se embarcaban también á bordo de la *Novara*.



El veinticinco de noviembre, en Veracruz, el vicealmirante recibió oficialmente el cadáver de las autoridades y recogió las llaves del ataúd.

El 26 fué transportado el féretro al buque y colocado en la cámara de honor, que se improvisó en capilla ardiente.

Y la misma fragata *Novara*, que tres años y medio antes viniera empavesada á dejar en las playas veracruzanas á dos jóvenes soberanos, llenos de esperanzas y de ilusiones, se llevaba el cadáver de uno de ellos para depositarlo después de larga travesía por varios mares, en la cripta de Capuchinas de Viena, última morada de los miembros de la imperial casa de Hapsburgo.

## CAPÍTULO X

De Querétaro á México. — De México á Veracruz. — Me embarco á bordo del *Panamá*. — Mi llegada á Viena. — Audiencia del Emperador Francisco José. — Mi visita al archiduque Carlos Luis y á la archiduquesa Sofía. — Llega á Viena el cadáver del Emperador. — Suntuosos funerales. — Un baile en Palacio. — Venta del yacht *Ondina*. — Un recuerdo de la Emperatriz. — Mi viaje á Bruselas. — Vuelta á la patria. — Conclusión.

El día primero de julio de 1867, fuí conducido entre soldados, y por las calles principales de Querétaro, de mi prisión de Teresitas á la casa del general Escobedo.

Casi todos los prisioneros habían sido ya enviados á los diversos puntos del país adonde habían de cumplir su condena; en la prisión de Teresitas, solo quedábamos el ministro Aguirre, un joven empleado de la intendencia, de nombre Manuel Castillo, y yo.

Me preguntó Escobedo qué grado tenía yo en el ejército, y le contesté que ninguno, pues solo acompañaba al Emperador con el carácter de secretario privado. Me